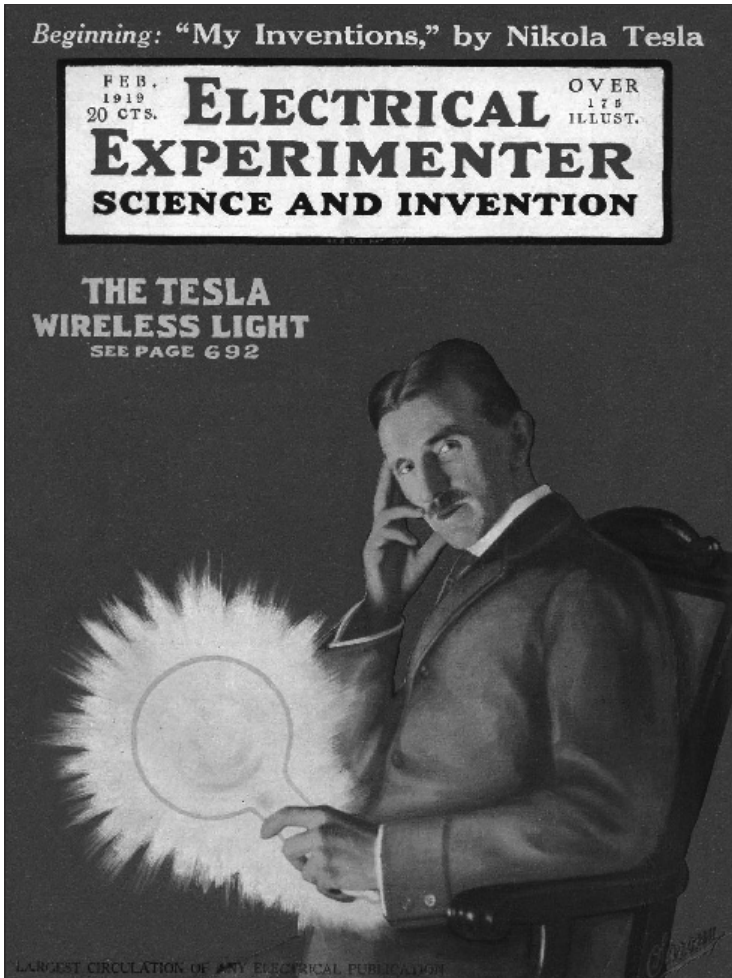


MIS INVENTOS

Publicado en la revista *Electrical Experimenter*,
en seis entregas, entre febrero y octubre de 1919



I
MI INFANCIA

NOTA DEL EDITOR A 'MIS INVENTOS'

¿Cómo inventa el mejor inventor del mundo? ¿Cómo da vida a un invento? ¿Qué clase de mentalidad tiene Nikola Tesla? ¿Fue su infancia un lugar común, como la de la mayoría de nosotros? ¿Cuál fue la formación temprana de uno de los Elegidos del Mundo? A estas y a muchas otras preguntas interesantes responde con un estilo incomparable el propio Nikola Tesla en este, su primer artículo.

De su autobiografía, que trata principalmente de su primera juventud, obtenemos una buena perspectiva de la maravillosa vida que este hombre ha llevado. Se lee como un cuento de hadas, que tiene la ventaja de ser verdad, pues Tesla no es un mortal común. Ha llevado una vida afortunada –postrado por la peste, el cólera y Dios sabe qué más; dado por muerto al menos tres veces por los médicos–, con sesenta años lo encontramos más joven que nunca. Pero... lean sus propias palabras. Jamás habrán leído nada semejante.

El desarrollo progresivo del hombre depende vitalmente de la invención; es el producto más importante de su cerebro creativo. Su propósito último es el dominio completo de la mente sobre el mundo material, el aprovechamiento de las fuerzas de la naturaleza para las necesidades humanas. Esta es la difícil tarea del inventor, a quien a menudo no se comprende ni se recompensa. Pero él encuentra amplia compensación en el agradable ejercicio de sus poderes y en la conciencia de pertenecer a esa clase excepcionalmente privilegiada, sin la cual la raza habría perecido hace tiempo en la amarga lucha contra los elementos inclementes.

Por lo que se refiere a mí, yo ya he tenido toda mi ración de este placer exquisito, en tal medida que durante muchos años mi vida prácticamente fue un éxtasis constante. Se me considera uno de los trabajadores más dedicados y si el pensamiento es un equivalente de la tarea quizá lo soy, pues a él he consagrado casi todas mis horas de vigilia. Pero si el trabajo se interpreta como un rendimiento determinado durante un tiempo específico de acuerdo con una regla rígida, entonces puede que yo haya sido el peor de los haraganes. Cada esfuerzo coaccionado exige un sacrificio de energía vital. Yo nunca pagué tal precio. Al contrario, el pensamiento me ha dado alas.

En un intento por dar cuenta de mis actividades de manera conexas y fidedigna en esta serie de artículos que se van a presentar con la asistencia de los editores del *Electrical Experimenter* y que están principalmente dirigidos a nuestros jóvenes lectores de sexo masculino, debo ocuparme, aunque a regañadientes, de las impresiones de mi juventud y de las circunstancias y eventos que han sido decisivos en la definición de mi carrera.

Nuestros primeros esfuerzos son puramente instintivos, incitaciones de una imaginación vívida e indisciplinada. A medida que nos hacemos mayores, la razón se reafirma y nos volvemos cada vez más sistemáticos y astutos. Pero esos primeros impulsos, aunque no resultan productivos de manera inmediata, son cuestiones de la mayor importancia y puede que den forma a nuestros destinos. De hecho, ahora siento que si yo mismo los hubiera entendido y cultivado, en vez de suprimirlos, habría añadido un valor sustancial a mi legado al mundo. Pero hasta que no alcancé la edad adulta no me di cuenta de que era inventor.

Esto se debió a diversas causas. En primer lugar, tenía un hermano dotado de unas cualidades extraordinarias, uno de esos raros fenómenos de la mente que la investigación biológica no ha logrado explicar. Su muerte prematura dejó a mis padres desconsolados. Teníamos un caballo que nos había regalado un querido amigo. Era un animal magnífico de raza árabe, poseedor de una inteligencia casi humana y al que cuidaba y mimaba toda la familia, ya que había salvado en una ocasión la vida de mi padre en circunstancias sorprendentes. Una noche de invierno, llamaron a mi padre para que llevase a cabo una tarea urgente y, mientras cruzaba las montañas infestadas de lobos, el caballo se asustó y huyó tirando a mi padre violentamente al suelo. El

caballo llegó a casa sangrando y exhausto, pero cuando se hizo sonar la alarma, echó a correr de nuevo y regresó al lugar, y antes de que la partida de búsqueda hubiera podido acercarse mucho, mi padre, que había recobrado la conciencia y que montaba de nuevo sin ser consciente de que había estado tirado en la nieve durante varias horas, les salió al encuentro. Este caballo fue el causante de las heridas de las que murió mi hermano. Yo fui testigo de la trágica escena y, aunque han pasado cincuenta y seis años desde entonces, la impresión visual de aquello no ha perdido ni un ápice de su fuerza. El recuerdo de sus logros hizo que cada uno de mis esfuerzos pareciera deslucido en comparación.

Cualquier cosa digna de crédito que yo hiciera solo servía para que mis padres sintieran su pérdida de una manera más profunda. Así que crecí con poca confianza en mí mismo, aunque estaba lejos de ser considerado un chico estúpido, a juzgar por un incidente del cual guardo todavía un recuerdo nítido. Un día, los Aldermen cruzaban una calle en la que yo estaba jugando con otros niños. El mayor de estos venerables caballeros –un ciudadano acaudalado– se detuvo para darnos una moneda de plata a cada uno. Cuando venía hacia mí, de repente, se paró y me ordenó: “Mírame a los ojos”. Sostuve su mirada, la mano extendida para recibir la tan apreciada moneda, y entonces, para mi desmayo, dijo: “No, no tanto, no te puedo dar nada, eres demasiado listo”. Se contaba una historia graciosa sobre mí. Yo tenía dos ancianas tías de cara arrugada, una de las cuales tenía dos dientes saltones como los colmillos de un elefante, que enterraba en mi mejilla cada vez que me daba un beso. Nada me asustaba más que la perspectiva de ser abrazado por estas dos parientes, tan cariñosas como poco atractivas. Ocurrió que, mientras mi madre me llevaba en brazos, me preguntaron cuál de las dos era la más guapa. Después de examinar sus caras atentamente, contesté pensativo, al tiempo que señalaba a una de ellas: “Esta de aquí no es tan fea como la otra”.

Por otra parte, se me dirigió desde mi nacimiento a la profesión clerical y este pensamiento me oprimía constantemente. Yo anhelaba ser ingeniero pero mi padre era inflexible. Él era hijo de un oficial que había servido en la armada del gran Napoleón y, al igual que su hermano –profesor de matemáticas en una institución destacada–, había recibido educación militar, pero, sorprendentemente, terminó por abrazar el

clero, en el ejercicio de cuya vocación alcanzó la excelencia. Era un hombre muy erudito, un auténtico filósofo natural, poeta y escritor, y de sus sermones se decía que eran tan elocuentes como los de Abraham a Sancta Clara. Tenía una memoria prodigiosa y con frecuencia recitaba interminables obras en diversas lenguas. Muchas veces decía en broma que, si alguno de los clásicos se perdía, él podría recuperarlo. El estilo que tenía al escribir era muy admirado. Redactaba oraciones cortas y lacónicas, llenas de sátira e ingenio. Sus comentarios humorísticos siempre eran singulares y característicos. A modo de ilustración, mencionaré uno o dos ejemplos. En el servicio, había un hombre bizco llamado Mane, que estaba empleado para trabajar en la granja. Un día estaba cortando leña. Cuando alzó el hacha, mi padre, que estaba cerca y se sentía muy incómodo, lo amonestó: “Por Dios, Mane, no le des a lo que estás mirando, sino a lo que intentas darle”. En otra ocasión, llevaba de paseo en coche a un amigo, que, sin cuidado alguno, dejaba que su carísimo abrigo de piel se rozase con la rueda del carruaje. Mi padre se lo señaló diciéndole: “Ponte el abrigo, me estás estropeando la rueda”. Tenía el extraño hábito de hablar consigo mismo; muchas veces mantenía una conversación animada y se enredaba en discusiones acaloradas, en las que cambiaba el tono de voz. Un oyente que pasase por allí podría jurar que había varias personas en la habitación.

Aunque debo sustentar en la influencia de mi madre cualquier inventiva que yo posea, la formación que me dio mi padre tuvo que haber sido de mucha ayuda. Comprendía todo tipo de ejercicios, tales como adivinar los pensamientos de alguien, descubrir los defectos de alguna forma o expresión, repetir largas oraciones o hacer cálculo mental. Estas lecciones diarias tenían el propósito de fortalecer la memoria y la razón y, en especial, de desarrollar el sentido crítico, y eran sin duda muy beneficiosas.

Mi madre descendía de una de las familias más antiguas del país y de un linaje de inventores. Tanto su padre como su abuelo habían creado muchas herramientas para uso doméstico y agrícola, entre otros. Verdaderamente era una gran mujer, de un talento, valor y fortaleza como no abunda, que había aguantado las tormentas de la vida y que había pasado por muchas experiencias difíciles. Cuando tenía dieciséis años, una peste virulenta asoló el país. Su padre fue llamado para administrar el último sacramento a los moribundos y durante su ausencia ella

acudía sola para asistir a una familia vecina, que estaba postrada por la terrible enfermedad. Todos sus miembros, cinco en total, sucumbieron en rápida sucesión. Ella bañó, vistió y amortajó los cuerpos, los decoró con flores de acuerdo con la tradición del país y, cuando su padre regresó, se lo encontró todo listo para una cristiana sepultura. Mi madre era una inventora de primer orden y creo que habría alcanzado grandes cosas si no hubiera estado tan alejada de la vida moderna y de sus múltiples oportunidades. Inventó y construyó todo tipo de herramientas y dispositivos y tejió los diseños más finos con lana que hilaba ella misma. Incluso plantaba las semillas, cultivaba las plantas y separaba las fibras. Trabajaba infatigablemente desde el amanecer hasta entrada la noche y mucha de la ropa y del mobiliario de la casa era producto de sus manos. Cuando ya tenía más de sesenta años, sus dedos todavía eran lo bastante ágiles como para *hacer tres nudos en una pestaña*.

Hubo otra razón que fue todavía más importante para mi tardío despertar. Durante mi niñez, sufrí una extraña afección debida a la aparición de imágenes, a menudo acompañadas de fuertes relámpagos de luz, que me nublaban la visión de los objetos reales e interferían con mi pensamiento y con mis acciones. Eran imágenes de cosas y escenas que había visto en la realidad, nunca de las que yo imaginaba. Cuando se me decía una palabra, la imagen del objeto que designaba se me aparecía vívidamente ante la vista y en ocasiones casi no era capaz de distinguir si lo que veía era tangible o no. Esto me producía una gran incomodidad y angustia. Ninguno de los estudiosos de psicología o fisiología a los que he consultado ha podido nunca darme una explicación satisfactoria para estos fenómenos. Parecían ser únicos aunque probablemente yo estaba predispuesto, pues sé que mi hermano experimentaba un problema similar. La teoría que he formulado es que esas imágenes eran el resultado de un acto reflejo del cerebro en la retina que se desencadenaba bajo una gran excitación. Ciertamente, no eran alucinaciones como las que se producen en mentes acongojadas y enfermas, pues en otros aspectos yo era normal y sereno. Para hacerse una idea de mi aflicción, supongan que yo había presenciado un funeral o algún espectáculo angustioso. Luego, inevitablemente, en el silencio de la noche, una vívida imagen de la escena se clavaba *ante* mis ojos y persistía pese a todos mis esfuerzos por hacer que se desvaneciese. Algunas veces, incluso permanecía fija en el espacio, aunque

yo intentara empujarla con la mano. Si mi explicación es correcta sería posible proyectar en una pantalla la imagen de cualquier objeto que uno conciba y hacerla visible. Tal avance revolucionaría las relaciones humanas por completo. Estoy convencido de que esta maravilla puede lograrse –y se logrará– en tiempos venideros; déjenme añadir que yo he dedicado muchas cavilaciones a desarrollarla.

Para liberarme de estas apariciones que me atormentaban, intentaba concentrar mi mente en otra cosa que hubiera visto y, de ese modo, muchas veces lograba un alivio temporal; pero, para conseguirlo, tenía que evocar nuevas imágenes continuamente. No mucho antes había descubierto que había acabado las que estaban a mi servicio; mi “carrete” se había agotado, por así decirlo, porque había visto poco mundo: únicamente los objetos de mi casa y del entorno inmediato. A medida que ejecutaba estas operaciones mentales por segunda o tercera vez para ahuyentar las apariciones de mi vista, el remedio fue perdiendo su fuerza poco a poco. Entonces, de manera instintiva, comencé a hacer excursiones más allá de los límites del pequeño mundo que conocía, y vi escenas nuevas. Al principio, eran borrosas y poco definidas, y revoloteaban cuando intentaba concentrar mi atención en ellas; pero después de un rato lograba asentarlas; ganaban fuerza y definición, y finalmente asumían la concreción de las cosas reales. Pronto descubrí que la mayor comodidad la conseguía si simplemente iba más allá en mi visión y captaba nuevas impresiones, así que empecé a viajar, por supuesto en mi cabeza. Cada noche (y en ocasiones durante el día), cuando estaba solo, comenzaba mi viaje, veía nuevos lugares, ciudades y países, vivía en ellos, conocía gente, trababa amistades y, por muy increíble que parezca, es un hecho que estas personas me eran tan queridas como las de la vida real y no resultaban ni un ápice menos apasionadas en sus manifestaciones.

Esto lo hice de manera constante hasta que tuve unos diecisiete años, cuando mis pensamientos se dirigieron seriamente a la invención. Entonces, observé para mi deleite que podía visualizar con gran facilidad. No necesitaba modelos, dibujos o experimentos. Podía representarlos en mi mente como si fueran reales. Así fui conducido de manera inconsciente a desarrollar lo que considero un nuevo método de concretar conceptos e ideas ingeniosas, que es radicalmente opuesto al puramente experimental y que, en mi opinión, es mucho más expeditivo

y eficiente. Cuando alguien construye un dispositivo para llevar a la práctica una idea rudimentaria, de manera inevitable se encuentra a sí mismo enfrascado en los detalles y defectos del aparato. A medida que va mejorándolo y reconstruyéndolo, la intensidad de su concentración disminuye y pierde de vista el gran principio subyacente. Se pueden obtener resultados, pero siempre sacrificando la calidad.

Mi método es diferente. Yo no me precipito al trabajo real. Cuando tengo una idea, comienzo por conformarla en mi imaginación. Cambio la construcción, hago mejoras y manejo el dispositivo en mi mente. Para mí es absolutamente irrelevante si la turbina está funcionando en mi cabeza o si la pruebo en el taller. Incluso percibo si está desequilibrada. No hay absolutamente ninguna diferencia, los resultados son los mismos. De este modo, soy capaz de desarrollar y perfeccionar rápidamente un concepto sin tocar nada. Cuando he ido tan lejos como para incorporar al invento cualquier mejora que pueda concebir y veo que no hay fallo alguno por ninguna parte, entonces le doy forma concreta a este producto final de mi cerebro. Invariablemente, mi dispositivo funciona tal como había concebido que debería hacerlo, y el experimento sale exactamente como lo había planeado. En veinte años no ha habido una sola excepción. ¿Por qué iba a haberla? La ingeniería –eléctrica y mecánica– es concluyente en sus resultados. No hay casi ninguna materia que no pueda tratarse de manera matemática y cuyos efectos no puedan ser calculados o sus resultados determinados de antemano a partir de los datos teóricos y prácticos disponibles. La puesta en práctica de una idea rudimentaria tal y como se hace generalmente, sostengo, no es sino un gasto de energía, dinero y tiempo.

Mi temprana afección tuvo, sin embargo, otra compensación. El incesante ejercicio mental desarrolló mi capacidad de observación y me permitió descubrir una verdad de gran importancia. Yo había notado que la aparición de las imágenes venía siempre precedida por una visión real de escenas bajo circunstancias peculiares y, por lo general, muy excepcionales, y yo me veía impelido en cada ocasión a localizar el impulso original. Después de un tiempo, este esfuerzo creció hasta volverse casi automático y adquirí una gran destreza en conectar causa y efecto. Enseguida me di cuenta de que, para mi sorpresa, cada pensamiento que concebía estaba sugerido por una impresión externa. No solo esto, sino que todas mis acciones se motivaban de un modo

semejante. Con el paso del tiempo se me hizo perfectamente evidente que yo era básicamente un autómatas que estaba dotado con capacidad de movimiento, que respondía a los estímulos de los órganos de los sentidos y que pensaba y actuaba en consecuencia. El resultado práctico de esto fue el arte de la teleautomática que, hasta ahora, solo ha sido llevado a la práctica de una manera imperfecta. De todas maneras, sus posibilidades latentes terminarán por mostrarse. Yo he estado diseñando desde hace años autómatas autocontrolados y creo que se pueden producir mecanismos que actuarán como si poseyeran discernimiento, en un grado limitado, y que crearán una revolución en muchos departamentos comerciales e industriales.

Tenía yo unos veinte años cuando logré por primera vez hacer que una imagen se desvaneciera ante mi vista, gracias a un esfuerzo obstinado, pero nunca tuve ningún control sobre los relámpagos de luz a los que me he referido. Eran, quizá, mi experiencia más extraña e inexplicable. Normalmente, ocurrían cuando me encontraba en situaciones peligrosas o angustiantes o cuando experimentaba un gran regocijo. En algunos casos, he visto todo el aire que me rodeaba lleno de lenguas de fuego vivas. Su intensidad, en vez de disminuir, aumentaba con el tiempo y, aparentemente, alcanzó un máximo cuando tenía unos veinticinco años. Mientras estaba en París, en 1883, un importante fabricante francés me envió una invitación para una expedición de caza que acepté. Había estado largo tiempo confinado en la fábrica y el aire fresco tuvo en mí un maravilloso efecto vigorizador. A mi regreso a la ciudad aquella noche tuve la certera sensación de que mi cerebro se había incendiado. Vi una luz, como si un pequeño sol se hubiera situado en él, y pasé toda la noche aplicándome compresas frías en la cabeza atormentada. Finalmente, la frecuencia y la fuerza de los relámpagos disminuyeron, pero pasaron más de tres semanas hasta que remitieron del todo. Cuando se me extendió una segunda invitación, mi respuesta fue un enfático ¡NO!

Estos fenómenos luminosos todavía se manifiestan en alguna ocasión, como cuando me golpea una idea que abre nuevas posibilidades, pero ya no son fascinantes, sino de una intensidad relativamente baja. Cuando cierro los ojos, de manera invariable, observo primero un fondo de un azul muy oscuro y uniforme, no muy distinto al del cielo en una noche clara pero sin estrellas. En pocos segundos, este campo se anima

con innumerables copos centelleantes de color verde, que se disponen en varias capas y avanzan hacia mí. Entonces, a la derecha aparece un hermoso patrón de dos sistemas de líneas paralelas y levemente separadas, dispuestas entre sí en ángulos rectos, en todo tipo de colores, entre los que predominan el verde amarillento y el dorado. Inmediatamente después, las líneas se vuelven más brillantes y el conjunto se espolvorea con puntos de luz parpadeante. Esta imagen se mueve lentamente a través del campo de visión y en unos diez segundos se desvanece por la izquierda, dejando un fondo de un color gris bastante desagradable e inerte que rápidamente da paso a un hinchado mar de nubes, que parecen intentar modelarse en formas vivas. Curiosamente, no puedo proyectar una forma en este gris hasta que no se alcanza la segunda fase. Cada día, antes de caer dormido, las imágenes de personas o cosas revolotean ante mi vista. Cuando las veo, sé que estoy a punto de perder la conciencia. Que permanezcan ausentes y rehúsen venir significa una noche de insomnio.

Puedo ilustrar hasta qué punto la imaginación ha jugado un papel en mi infancia con otra experiencia extraña. Como a casi todos los niños, me encantaba saltar y desarrollé un intenso deseo de sostenerme en el aire. De vez en cuando, un viento fuerte bien cargado de oxígeno soplaba desde las montañas y hacía que mi cuerpo fuera ligero como el corcho, y entonces yo saltaba y flotaba en el espacio durante un largo tiempo. Era una sensación deliciosa y mi decepción fue profunda cuando más tarde comprobé que era una ilusión.

Durante ese periodo desarrollé muchos gustos, aversiones y hábitos raros, algunos de los cuales puedo atribuir a impresiones externas mientras que otros resultan inexplicables. Sentía una aversión intensa hacia los pendientes de las mujeres, pero otros adornos, como las pulseras, me gustaban más o menos en función de su diseño. La sola visión de una perla me trastornaba; en cambio, el brillo de los cristales o de objetos con puntas afiladas y superficies planas me fascinaba. No tocaría el pelo de otras personas salvo, quizá, apuntado por un revólver. Me daba fiebre mirar un melocotón y si una pieza de alcanfor se hallaba en cualquier sitio de la casa me causaba el más profundo malestar. Incluso ahora no soy insensible a algunos de estos impulsos perturbadores. Cuando tiro unos cuadrados pequeños de papel en una fuente llena de líquido siempre siento un gusto peculiar y asqueroso

en la boca. Contaba los pasos en mis paseos y calculaba el contenido cúbico de los platos de sopa, las tazas de café y las piezas de alimentos; de otro modo, no podía disfrutar de la comida. Todas las acciones y operaciones repetidas que ejecutaba tenían que ser divisibles entre tres y si me equivocaba me sentía impelido a hacerlo todo de nuevo, incluso aunque me llevase horas.

A la edad de ocho años, mi carácter era débil y vacilante. No tenía ni valentía ni fuerza para tomar una decisión firme. Mis sentimientos venían en oleadas y mareas, y vibraban incesantemente entre dos extremos. Mis deseos eran de una fuerza que me consumía y, como las cabezas de la hidra, se multiplicaban. Estaba oprimido por pensamientos sobre el dolor en la vida y en la muerte, y sobre el temor religioso. Me sacudían creencias supersticiosas y vivía en el terror constante al espíritu del mal, a los fantasmas y ogros, y a otros monstruos impuros de la oscuridad. Entonces, de golpe, sobrevino un cambio tremendo que alteró el curso de toda mi existencia.

De todas las cosas, lo que más me gustaba eran los libros. Mi padre tenía una gran biblioteca y siempre que podía yo me las arreglaba para satisfacer mi pasión por la lectura. Él no lo permitía y montaba en cólera cuando me pillaba in fraganti. Me escondía las velas cuando se enteraba de que estaba leyendo en secreto. No quería que me estropearan los ojos. Pero yo conseguí sebo, hice una mecha y fundí palos de hojalata, y cada noche tapaba el ojo de la cerradura y las grietas y leía, a menudo hasta el amanecer, mientras los demás dormían y mi madre comenzaba su ardua tarea diaria. En una ocasión me topé con una novela llamada *Abafi* (el hijo de Aba), una traducción serbia de un conocido escritor húngaro, Josika. Esta obra despertó de algún modo mi fuerza de voluntad dormida y comencé a practicar el autocontrol. Al principio, mis resoluciones se derretían como la nieve en abril, pero al poco vencí mi debilidad y sentí un placer que nunca había conocido antes, el de hacer lo que me dictaba la voluntad. En el curso del tiempo, este vigoroso ejercicio mental se convirtió en una segunda naturaleza. Al comienzo, tenía que domeñar mis deseos, pero gradualmente deseo y voluntad llegaron a ser idénticos. Después de años de semejante disciplina alcancé un dominio tan completo sobre mí mismo que jugueteaba con las pasiones que habrían significado la destrucción para algunos de los hombres más fuertes. A cierta edad contraí una obsesión por los juegos

de azar que preocupó mucho a mis padres. Sentarme ante un juego de cartas era para mí la quintaesencia del placer. Mi padre llevaba una vida ejemplar y no podía excusar el gasto sin sentido de tiempo y dinero en que yo me había enredado. Yo tenía una determinación fuerte pero mi filosofía era mala. Le dije: “Puedo parar cuando quiera, pero ¿merece la pena dejar aquello que podría canjear por las alegrías del Paraíso?”. En muchas ocasiones mi padre dio rienda suelta a su ira y su desprecio, pero mi madre era diferente. Ella entendía el carácter de los hombres y sabía que la salvación de uno únicamente se podría producir por sus propios esfuerzos. Recuerdo que una tarde, cuando había perdido todo mi dinero y deseaba seguir jugando, vino a mí con un fajo de billetes y me dijo: “Vete y disfruta. Cuanto antes pierdas todo lo que posees mejor. Yo sé que te sobrepondrás”. Estaba en lo cierto. Vencí mi pasión y entonces solo lamenté no haber sido cien veces más fuerte. No solo la derroté sino que la arranqué de mi corazón, hasta que no quedó una sola traza del deseo. Desde entonces he sido tan indiferente a cualquier forma de juego como a escarbarme los dientes.

Durante otro periodo fumé excesivamente, lo que amenazaba con arruinarme la vida. Entonces mi voluntad se reafirmó y no solo lo dejé sino que destruí cualquier inclinación. Hace tiempo tuve problemas cardiacos hasta que descubrí que se debía a la inocente taza de café que consumía cada mañana. La abandoné de golpe, lo que, confieso, no fue tarea fácil. De esta manera, he frenado y refrenado otros hábitos y pasiones, y no solo he preservado mi vida sino que he extraído una inmensa satisfacción de lo que la mayoría de los hombres considerarían privación y sacrificio.

Tras terminar los estudios en el Instituto Politécnico y en la universidad, tuve un colapso nervioso y mientras el malestar duró observé muchos fenómenos extraños e increíbles.

NIKOLA TESLA, EL HOMBRE,
por H. Gernsback

La puerta se abre y uno se topa con una figura alta –de más de un metro ochenta de altura–, enjuta pero erguida. Se aproxima despacio, majestuosamente. Te das cuenta de que estás cara a cara con una

personalidad de primer orden. Nikola Tesla avanza y te estrecha la mano con un apretón poderoso, sorprendente en un hombre de más de sesenta años. Una sonrisa encantadora, que emana de la luz penetrante de sus ojos azul grisáceo, encajados en unas cuencas extraordinariamente profundas, te fascina y hace que te sientas en casa.

Te guían hasta una oficina impoluta. No se ve ni una mota de polvo. No hay papeles cubriendo el escritorio, todo está bien. Refleja al propio hombre: inmaculado en el atuendo, ordenado y preciso en cada uno de sus movimientos. Vestido con una levita oscura, está totalmente desprovisto de joyas. Ni anillo, ni alfiler, ni cadena de reloj.

Tesla habla con una voz muy aguda, casi de falsete. Habla rápidamente y con convicción. Principalmente, es la voz del hombre lo que te fascina.

Mientras habla, te resulta difícil apartar tus ojos de los suyos. Solo cuando habla con otros tienes la oportunidad de estudiar su cabeza, dominada por una frente alta con un bulto entre los ojos, la señal inflexible de una inteligencia excepcional. Entonces, la nariz larga, bien formada, revela al científico.

¿Cómo se las apaña este hombre, que ha conseguido tamaña obra, para mantenerse joven y sorprender al mundo con más y más inventos nuevos a medida que envejece? ¿Cómo mantiene su físico, así como su extraordinaria frescura mental este joven de sesenta años, que es profesor de matemáticas, un gran ingeniero eléctrico y mecánico, y el mayor inventor de todos los tiempos?

Para empezar, Tesla, que es serbio de nacimiento, procede de una raza longeva. Su árbol familiar abunda en centenarios. Por ello, Tesla—de no ser por algún accidente— espera estar todavía inventando en 1960.

Pero la razón principal de su eterna juventud se encuentra en su frugalidad. Tesla ha aprendido la verdad fundamental que dice que multitud de personas no solo se comen todas sus enfermedades corporales, sino que se devoran a sí mismas hasta la muerte, ya sea por comer demasiado o porque la comida no concuerda con ellas.

Cuando Tesla descubrió que el tabaco y el café negro interferían con su bienestar físico, los dejó. Este es el sencillo menú diario del gran inventor:

Desayuno: una o dos pintas de leche templada y unos huevos, que él mismo prepara: isí, está soltero!

Comida: nada en absoluto, como norma.

Cena: apio o similar, sopa, una sola pieza de carne o ave, patatas y otra pieza de verdura; un vaso de vino suave. De postre, quizá una loncha de queso e invariablemente una manzana cruda grande. Y eso es todo.

Tesla es muy maniático y particular por lo que respecta a su comida: come muy poco, pero lo que come debe ser de lo mejor. Y se sabe que además de ser un gran inventor en la ciencia es un cocinero consumado que ha inventado todo tipo de platos sabrosos.

Su único vicio es la generosidad. El hombre, que a menudo ha sido calificado de “soñador haragán” ante el espectador ignorante, ha ganado con sus inventos más de un millón de dólares, que ha gastado rápidamente en otros nuevos. Pero Tesla es un idealista de primer nivel y para hombres así el dinero en sí mismo tiene poco significado.
